

LOS POETAS

VILLALBA PEÑA

SUS MEJORES VERSOS



PROLOGO

DE

José Ortiz de Vinedo

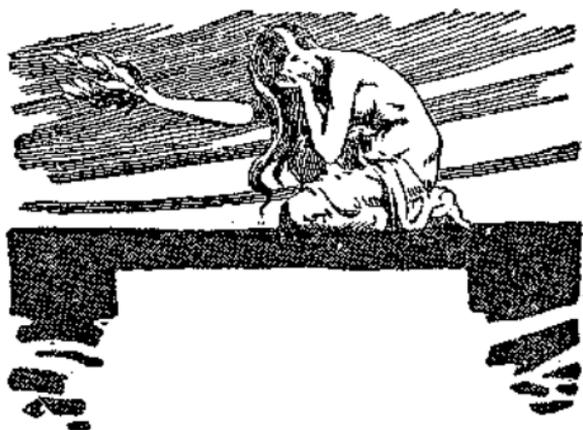
Palida el rostro y fija la mirada
como una Santa, en la celeste esfera,
y en tus manos de nieve, prisionera
una blanca azucena immaculada.

HESPERIA
LIBROS HISPANICOS
ZARAGOZA
ESPAÑA

**ESTA OBRA NO
SE PRESTA**

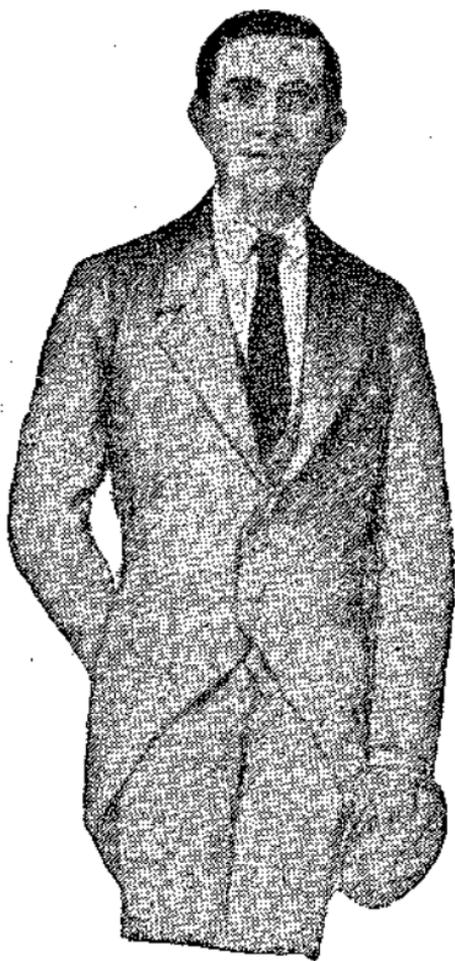
1973 6

LOS POETAS



3 noviembre 1928

Año I. — Número 13



Uno de los últimos retratos de
FRANCISCO VILLAESPEA

(Dibujo de Cuevas).

R- 9483 A

LOS POETAS

Francisco Villaespesa
SUS MEJORES VERSOS

PRÓLOGO DE
José Ortiz de Finedo

PORTADA DE
Alonso

ILUSTRACIONES DE
Ibáñez

RETRATO DEL AUTOR POR
Cuevas

Administración:
Valverde, 44, entlo. f.zqda.
MADRID

100
DIPUTACIÓN
DE ALMERÍA

BIBLIOTECA

«GRÁFICA UNIÓN»

— MEDELLÍN, 11 —

TELÉFONO 31.420



PRÓLOGO

VILLAESPESA

Cinco lustros corridos... Francisco Villaespesa— con su media melena romántica y su mirada miope, siempre inclinado sobre las cuartillas, recitando siempre sus propios versos con unción y entusiasmo, cordial y acogedor— vive como un sonámbulo para todo lo que no sea su arte. Frente a los balcones de su gabinete de estudio, torre de marfil, remanso íntimo en medio del Madrid tumultuoso, yérguense las frondas umbrosas de un vasto jardín. El poeta parece vivir más entre estos olmos y álamos que entre las paredes hogareñas. Fumando egipcios devana sus quimeras y nostalgias, cristalizadas luego en rimas armoniosas y robustas, ricas en color, sabias en forma y en dicción, parnasianas por la estructura, modernísimas por el espíritu.

La "Sonatina" y la "Marcha triunfal" rubenianas vuelan de labio en labio, en la aurora de este Renacimiento lírico que ha de producir tan altas

figuras. Los hermanos Machado: Antonio, aportando la majestad suprema de sus decires eglógicos y filosóficos; Manuel, ofreciéndonos las elegancias y espiritualidades, la frivolidad y el sentimiento de su musa a un tiempo aristocrática y plebeya, parisina y andaluza, de empaque y de rumbo, exquisita y popular... Emilio Carrère, plañendo hondamente sus horas bohemias y evocando con personalísima manera el Madrid de otros siglos. Juan Ramón Jiménez, escribiendo con sus "Rimas" las más dulces, las más encantadoramente sencillas que se han producido en lengua castellana. Y Villaespesa, entre ellos, mientras en la calle rueda la palabra modernista y ramplones y cretinos tienen para éstos una risotada idiota, publica "La copa del Rey de Thule", "El alto de los bohemios", "Rapsodias", tres obras admirables que definen fuertemente la personalidad del gran poeta.

Anteriormente ha publicado "Intimidades", "Flores de almendro", "Luchas" y "Confidencias". Desde el primer momento, Villaespesa ha dado fé de su importancia literaria. Luego, de libro a libro, su relieve crece, y cuando ve la luz "La copa del Rey de Thule" el poeta se ha incorporado a la manera de su tiempo. Es uno de los adalides que han barrido la versificación anterior, ñoña y cursi, tan chabacana en el decir, tan de sonsonete y ripio. Villaespesa viene con la nueva generación de escogidos a ennoblecer los moldes métricos y a dotar a la poesía de una cultura, un refinamiento, una exquisitez que no tenía. En Vi-

Villaespesa, como en los maestros citados y algún otro, que no son muchos, la gracia y la aristocracia de su arte representan lo más avanzado de esta etapa literaria.

El gran lírico—copioso en la producción, frondosísimo como descriptivo, sutil sugeridor de estados de alma, nunca descuidado en la orfebrería de sus versos, siempre claro y concreto, sabiendo expresar cuanto quiere—acude al teatro. Los príncipes de la escena española, María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza, lo reciben con máximo honor cuando les entrega “El alcázar de las perlas”, que constituye un gran triunfo para el poeta y para el dramaturgo. María Guerrero en la “Sobeya”, de la leyenda trágica, nos subyuga con la maravilla de su voz y su declamación, y en labios tan augustos los versos de Villaespesa tienen su más gloriosa exaltación.

Villaespesa, después, estrena “Aben-Humeya”, “Doña María de Padilla”, “El Halconero” y otras muchas obras dramáticas, y al frente de una compañía que ha de explotar su teatro váse a América. Su producción allí crece sin cesar. Escribe libros y comedias, y de cuando en cuando la prensa nos cuenta su labor, siempre victoriosa, enaltecedora de continuo de nuestros valores patrios y las gestas americanas.

Andaluz de origen, español de entraña, viajero de muchas tierras, inquieto en toda hora y todo lugar, Villaespesa nos ofrece, no la poesía local, circunscrita al regionalismo, ni aun la poesía de invariable médula española, cantora monótona de

J. ORTIZ DE PINEDO

*las mismas cosas, sino la cosmopolita, la mundial,
la de todas partes, la que habla en todas las len-
guas con su voz de pájaro, su colorido de paisa-
je y su hálito de flor, que es el alma de la poesía
única, universal y eterna.*

J. Ortiz de Pinedo



Los Jardines de Afrodita

I

El ritmo, el gran rebelde,
[me rinde vasallaje,
y cuando quiero ríe, y cuando
[quiero vuela,
y he domado a mi estilo como
[a un potro salvaje,
a veces con el látigo y a veces
[con la espuela.

Conozco los secretos del alma del paisaje,
y sé lo que entristece, y sé lo que consuela,
y el viento traicionero y el bárbaro oleaje
conocen la invencible firmeza de mi vela.

Amo los lirios místicos y las rosas carnales,
la luz y las tinieblas, la pena y la alegría,
los ayes de las víctimas y los himnos triunfales.

Y es el eterno y único ensueño de mi estilo
la encarnación del alma cristiana de María
en el mármol pagano de la Venus de Milo.

II

Te vi muerta en la luna de un espejo encantado.
 Has sido en todos tiempos Elena y Margarita.
 En tu rostro florecen las rosas de Afrodita
 y en tu seno las blancas magnolias del pecado.

Por tí mares de sangre los hombres han llorado.
 El fuego de tus ojos al sacrilegio incita,
 y la eterna sonrisa de tu boca maldita
 de pálidos suicidas el infierno ha poblado.

¡Oh, encanto irresistible de la eterna Lujuria!
 Tienes cuerpo de Angel y corazón de Furia,
 y el áspid, en tus besos, su ponzoña destila...

Yo evoco tus amores en medio de mi pena...
 ¡Sansón, agonizante, se acuerda de Dalila,
 y Cristo, en el Calvario, recuerda a Magdalena!

III

Hay rosas que se abren en selvas misteriosas
 y mustias languidecen, nostálgicas de amores,
 sin que haya quien aspire sus púdicos olores...

¡Hay almas que agonizan lo mismo que esas rosas!

Las mariposas tienden sus alas temblorosas
 y en alegría loca de luces y colores,
 ebrias de amor expiran en tálamos de flores...

¡Hay vidas que se acaban como esas mariposas!

“¡Oh, púdicas vestales! ¡Oh, locas meretrices!
 ¿Quiénes son más hermosas? ¿Quiénes son más
 felices?”

los hombres preguntaron, en una edad lejana,
 a un Fauno que en las frondas oculto sonreía...

Hace ya muchos siglos... Y en la conciencia hu-
[mana
el Fauno, a esa pregunta, sonríe todavía.

IV

Soy un alma pagana. Adoro al dios bifronte
y persigo a las ninfas por las verdes florestas,
y me gusta embriagarme en mis líricas fiestas
con vino de las viñas del viejo Anacreonte.

¡Que incendie un sol de púrpura de nuevo el ho-
[rizonte;
que canten las cigarras en las cálidas siestas,
y que dancen las vírgenes al son del sistro expuestas
al violador abrazo de los faunos del monte!

¡Oh, viejo Pan lascivo!... Yo sigo la armonía
de tus pies, cuando danzas. Por tí amo la alegría
y las desnudas ninfas persigo por el prado.

Tus alegres canciones disipan mi tristeza,
y la flauta de caña que tañes me ha iniciado
en todos los misterios de la eterna Belleza!

V

El cisne se acercó. Trémula Leda
la mano hunde en la nieve del plumaje,
y se adormece el alma del paisaje
de un rojo crepúsculo de seda.

La onda azul, al morir, suspira queda;
gorgea un ruiseñor entre el ramaje,
y un toro, ebrio de amor, muje salvaje
en la sombra nupcial de la arboleda.

VILLAESPESA

Tendió el cisne la curva de su cuello,
y con el ala—cándido abanico—,
acarició los senos y el cabello.

Leda dió un grito y se quedó extasiada...
y el cisne levantó, rojo, su pico
como triunfal insignia ensangrentada.

VI

De la Grecia y de Italia bajo los claros cielos
en tu honor se entonaron los más dulces cantares,
y ofrecieron las vírgenes al pie de tus altares
las tórtolas más blancas y sus más ricos velos.

Hoy triste y solitaria, en el parque sombrío,
carcomida y musgosa, los brazos mutilados,
bajo la pesadumbre de los cielos nublados
el mármol de tu carne se estremece de frío.

¿Dónde se alzan ahora tus templos, Afrodita?
Ya la Pánica flauta en los bosques no invita
a danzar a los sátiros danzas voluptuosas.

Ha huído la Alegría, ha muerto la Belleza...
No hay risas en los labios y una inmensa tristeza
cubre como un sudario las almas y las cosas.

VII

Enferma de nostalgias, la ardiente cortesana,
al rojizo crepúsculo que incendia el aposento,
su anhelo lanza al aire, como un halcón hambriento,
tras la ideal paloma de una Thule lejana.

Sueña con las ergástulas de la Roma pagana;
cruzar desnuda el Coso, la cabellera al viento,

SUS MEJORES VERSOS

y embriagarse de amores en el Circo sangriento
con el vino purpúreo de la vendimia humana.

Sueña... Un león celoso veloz salta a la arena,
ensangrentando el oro de su rubia melena.

Abre las rojas fauces... A la bacante mira,

salta sobre sus pechos, a su cuerpo se abraza...
; Y ella, mientras la fiera sus carnes despedaza,
los párpados entorna y sonriendo expira!

VIII

Para escanciar el vino de mi viña temprana,
Fidias, divino artífice, en marfil y oro puro
modeló fina copa, sobre el más blanco y duro
seno que sorprendiera jamás pupila humana.

Son dos ninfas en arco las asas de esa copa,
y en ella están grabados, entre vides y flores
y sátiros que acechan, los lúbricos amores
de Leda con el Cisne, y el Toro con Europa.

Amada, ; bebe y bésame! Al destino no temas,
que al borde de la copa rebosante de gemas,
cinceló Anacreonte estos versos divinos

cuyo ritmo el secreto de la existencia encierra:
—Bebe, ama y alégrate mientras sobre la tierra
haya labios de rosas y perfumados vinos.

IX

Con el fervor de un lapidario antiguo,
quiero miniar a solas y en secreto,
la tentación de tu perfil ambiguo
en las catorce gemas de un soneto.

VILLAESPESA

Para nimbar tu tez blanca y severa,
a modo griego, cual real tesoro,
recogerá tu negra cabellera
sobre la nuca un alfiler de oro.

En líneas escultóricas plegada
la túnica e inmóvil la mirada
con la clásica unción de las flautistas...

La siringa en el labio, y temblorosos
sobre el registro, en gestos armoniosos,
tus dedos enjorjados de amatistas.

X

Para cantar mi mente quiero un verso pagano;
un verso que refleje la cándida tristeza
del azahar, que, trémulo, deshoja su pureza
a las blancas caricias de una tímida mano.

No amortajad mi cuerpo con el sayal cristiano;
ceñid de rosas blancas mi juvenil cabeza,
y prestadme un sudario digno por su riqueza
de envolver a un fastuoso emperador romano.

¡Que abra la cruz sus brazos en negra cata-
[cumba!

Yo amo al sol, luz y vida, y quiero que en mi
[tumba
broten, cual dulces versos, las más fragantes flores.

Y que al son de la flauta y del sistro, en la quieta
tarde, las locas vírgenes tejan danzas de amores
en torno de la estatua de su muerto poeta.

XI

Llueve... En el viejo bosque de ramaje amarillo
y grises troncos húmedos, que apenas mueve el
[viento,
bajo una encina , un sátiro de rostro macilento,
canciones otoñales silba en su caramillo.

De vejez muere... Cruzan por sus ojos sin brillo
las sombras fugitivas de algún presentimiento,
y entre los dedos débiles el rústico instrumento
sigue llorando un aire monótono y sencillo.

Es una triste música, vieja canción que evoca
aquel beso primero que arrebató a la boca
de una ninfa, en el claro del bosque sorprendida.

Su cuerpo vacilante se rinde bajo el peso
de la Muerte, y el último suspiro de su vida
tiembla en el caramillo como si fuese un beso.

XII

¡ Alma mía! Soñemos con la estación florida.
Abril, lleno de rosas, a nuestro encuentro avanza...
El Arte será el último refugio de la Vida
cuando ya no tengamos ni en la Vida esperanza.

No aceptes de otras manos lo que yo pueda darte.
Siembra en tu propia tierra tus futuros laureles...
¡ Haz de tus penas mármoles y de tu amor cinceles,
para elevar con ellos un monumento al Arte!

Teje nuestro sudario de mirtos y de flores.
Labremos un sarcófago digno por su riqueza
de encerrar las cenizas de los emperadores.

Y cincela en su lápida nuestra última elegía:

VILLAESPESA

—Aquí yacen dos almas que han muerto de tristeza
llorando las nostalgias de su eterna alegría.

Fantasia morisca

A Alfredo Murga.

El reloj encantado
retumba la una.

Bajo el plateado
temblor de la Luna,
la fuente sonora
del patio, entre tanto,
nos cuenta el encanto
de la reina mora.

Un dragón vigila
su lóbrego encierro.
La feroz pupila
se revuelve inquieta.

A quien mira, mata.
La mano de hierro
crispada aún, sujeta
la llave de plata.

Lenta el agua llora;
y la reina mora,
sola con su llanto,
espera el acero
del joven guerrero
que rompa el encanto.

SUS MEJORES VERSOS

Pálida y sumisa,
bajo una palmera,
con su peine de oro
y marfil, alisa
el negro tesoro
de su cabellera!

El reloj encantado
retumba la una.
Bajo el plateado
temblor de la Luna,
la fuente sonora
del patio, entre tanto,
nos cuenta el encanto
de la reina mora!

Lucha

A Emilio Fernández Vaamonde

De la vida me lanzo en el combate
sin que me selle filiación alguna,
y atrás no he de volver, hasta que ate
a mi triunfante carro la Fortuna!
Contra mis enemigos, terco y rudo,
esgrimiré en la lid, que no me apoca,
por lanza mi razón, y como escudo
mi carácter más firme que una roca!
Ni el desengaño pertinaz me arredra,
ni ante los golpes del dolor me humillo:
¡la estatua surge de la tosca piedra
a fuerza de cincel y de martillo!...
¡Combatir es vivir!... La luz sublime

VILLAESPESA

entre las sombras de la noche crece:
; espada que en la lucha no se esgrime,
colgada en la panoplia se enmohece!
Mi razón en peligros no repara!
O subir a la cúspide consigo,
o muero, sin volver atrás la cara,
despreciando, al caer, a mi enemigo!
Ni la derrota en mi valor rehuyo...
Mas, antes de rendirme fatigado,
me encerraré en la torre de mi orgullo,
y en sus escombros moriré aplastado!...

Morena mía

I

Bajo el fulgor lunar el mar es plata;
entreaire tú, mi bien, tu mirador,
y asómate a escuchar la sercnata
que, mientras duermes tú, vela el amor.

Asómate al balcón, morena mía,
las sombras de mis noches a alumbrar,
que, como un ciego, sin bordón ni guía,
así voy sin la luz de tu mirar.

II

La brisa de jazmines perfumada
despierta la pasión que duerme en mí;
la noche está para el amor creada
y todo vive, como yo, por tí.

Asómate al balcón, morena mía,

las sombras de mis noches a alumbrar,
que, como un ciego, sin bordón ni guía,
así voy sin la luz de tu mirar.

III

Sal a darle consuelo a mi tormento;
que si no sales, del balcón al pie,
como esas rosas que deshoja el viento,
sin la luz de tus ojos moriré.

Asómate al balcón, morena mía,
las sombras de mis noches a alumbrar,
que, como un ciego, sin bordón ni guía,
así voy sin la luz de tu mirar.

Ocaso

Asómate al balcón; cesa en tus bromas,
y la tristeza de la tarde siente.
El sol, al expirar en Occidente,
de rojo tiñe las vecinas lomas.
El jardín nos regala sus aromas;
mece el aire las hojas suavemente,
y en las blancas espumas del torrente
remojan su plumaje las palomas.
Al ver con qué tristeza en la llanura
amortigua la luz su refulgencia,
mi corazón se llena de amargura...
¡Quizá el amor que en vuestros pechos arde,
apagarse veremos en la ausencia,
como ese sol en brazos de la tarde!...



El Jardín trágico

El silencio es tan hondo, la luz es tan bermeja,
tan trágica pavora gravita en el ambiente,
que el alma desolada y temerosa siente
anhelos de llamar a alguien que nos proteja.

Hasta la voz del agua muere en los surtidores.
Un eco—que es un grito de agonía—nos nombra;
y los árboles tiemblan al soplo de esa sombra
a cuyo paso sécanse las almas y las flores.

¡Oh, jardín tenebroso, término del camino,
impenetrable y mudo, lo mismo que el Destino,
en tí muere el recuerdo ,el amor, la esperanza!...

El silencio sentencia:—Lo que ha sido será.
¡Tu vida es una sombra de una sombra que avanza,
sin saber dónde viene, sin saber dónde va!

La seguidilla

Bajo la fresca sombra de una verde parra,
la seguidilla, abeja de oro, vuela,
mientras las somnolencias de la guitarra
turba con sus repiques la castañuela!
Con sus rítmicas alas vaga traviesa,
como beso de fuego, de boca en boca,
y en sus notas dolientes la pena expresa
del alma de una raza de amores loca.
Nos recuerda gitanas enamoradas,
de labios llameantes como claveles,
de pupilas siniestras, negras miradas;
morenas, sensuales, tristes y fieles.
Llora penas sin nombres, ensueños vanos,
celos, ansias, caricias... Tristes amores
de vírgenes difuntas, en cruz las manos,
sobre ataúdes blancos llenos de flores!
Evoca alegres fiestas: revuela el loro
tras las flotantes capas ensangrentadas...
Canta rejas floridas, vinos de oro,
nocturnas serenatas y puñaladas...
Esparce en las verbenas lírico encanto
con las alegres notas de su alborozo;

VILLAESPESA

y enronquece de angustia, ciega de llanto,
al surgir de las rejas de un calabozo!...
Bajo la fresca sombra de verde parra,
la seguidilla, abeja de oro, vuela,
mientras las somnolencias de la guitarra
turba con sus repiques la castañuela!

En la alcoba

I

Y bajo aquella paz, con la alegría
de un secreto que rasga de improviso
su túnica, tu blanca mano quiso
desnudar sus pudores y ser mía.

En los espejos cárdenos moría
el oro del crepúsculo indeciso,
y tu mirada un nuevo Paraíso
a mis ojos atónicos abría.

Nada turbó el nupcial recogimiento
del salón, al crepúsculo dormido.
La eternidad detúvose un momento...

Y sin un beso, sin hablarnos nada,
como nadie jamás se ha poseído
nos poseímos con una mirada!

II

Ninguna gema le prestó su alhago
de luz. No es lirio de cristal sonoro,
ni esbelta copa de marfil y oro,
el tosco vaso en que mi sed apago.

SUS MEJORES VERSOS

Mas de él el cáliz de mis misas hago,
porque en sus tosquedades rememoro
los paraísos que perdidos lloro...
A las frondosas márgenes de un lago,
en la corteza de una rama viva
para tí lo tallé, como votiva
ofrenda. Y siempre que sus aguas bebo,
nuevamente por tí de amor me abraso,
porque no en balde prisioneros llevo
los moldes de tus senos en mi vaso!

III

Suspende, corazón, ese alborozo
que te invade al mirarla, porque es ella
para tu loco afán, como una estrella
encantada en el fondo de algún pozo!
¡Confórmate, pupila, con el gozo
de adivinarla y contemplarla bella!...
Nunca la nombres, alma... ¡El labio sella,
y haz de tu eternidad su calabozo!
No soñéis, pobres manos, con sus cálidas
suavidades... ¡Oh, pobres manos pálidas
de tanto acariciar vuestra quimera!
Primero el niño alcanzará a la luna,
que vosotras toquéis siquiera una
hebra flotante de su cabellera!

IV

Trémulo el flanco y palpitante el seno,
a la acuosa caricia te ofreciste,

VILLAESPESA

y por todos tus poros recibiste
la voluptuosidad del mar sereno.

Y al contemplar mis ojos aquel pleno
goce del mar, y como enrojeciste
a sus besos, mi carne sintió el triste
y celoso amargor del bien ajeno.

El mar se estremeció bajo tus blondas
turgencias, en el lúbrico delirio
de poseer tu ecuánime tesoro...

Mas, para defenderte de las ondas,
el sol cubrió tu desnudez de lirio
con su armadura fúlgida de oro!

V

Tarde de otoño... Paz... No hay una nube
en el cielo que el sol poniente dora,
y el crepúsculo es como una aurora
que de los lagos encantados sube...

Tarde de otoño... Paz... No hay una nube
en la unción religiosa de la hora...
¡La tierra entera, arrodillada, ora
bajo las blancas alas del querube!

¿Viví esta hora o la soñó mi anhelo?
En la paz de la tarde religiosa
sobre el remanso, al inclinar la frente,
todo el oro de otoño se hizo velo
para envolver tu aparición radiosa,
en el espejo azul de la corriente!

VI

De blanco en la marmórea escalinata
del cándido jardín, pareces una

SUS MEJORES VERSOS

estatua de alabastro que la luna,
al bañarla en su luz, la cambia en plata.

Un idilio de cisnes se retrata
en el claro cristal de la laguna,
mientras alegre el surtidor, alguna
perla de luz de su collar desata.

En la paz luminosa del sendero,
en tanto que tus besos me dan muerte
y tus pudores a mis plantas huellas,
a impulsos de mi mano, el jazminero
sobre la noche de tus rizos vierte
el bautismo de luz de sus estrellas.

VII

Me fatiga la música. Retira
tu mano del piano, que despierta
algo dormido en mí. La herida abierta
vuelve a sangrar, mientras tu voz suspira.

De nuevo el alma condenada gira
en círculo fatal. ¿Per qué entreabierta
dejó tu mano la encantada puerta,
para dar paso franco a otra mentira?

La música me angustia con su horrible
remembranza; me evoca el imposible
amor maldito que me está vedado,
fruta sabrosa del cercado ajeno,
anhelo loco de imposibles lleno,
cuanto más imposible más amado.

VIII

Cuando el inmundo tálamo deshecho
mis ardores aplacan su fiereza;

VILLAESPESA

y abre las rojas fauces y bosteza
el león del deseo satisfecho,
nostálgico suspiro hincha mi pecho,
y mis ojos, sedientos de pureza,
sueñan con el pudor de tu belleza
y la intacta blancura de tu lecho.

Al aspirar los húbricos olores
de la carne a mi lado adormecida,
siento asco de mí mismo... ¡Quién pudiera
absorber el perfume de tus flores!...
¡Purificar las lacras de mi vida
con el aroma de tu primavera!

IX

Yo le pregunto a veces con respeto
a mi alma:—¿Podrán aún sus pupilas
contemplar el diamante en las tranquilas
aguas, y ver la lágrima en el quieto
zafir crepuscular de mi soneto?
¡Oh!, corazón avaro que vigilas
los tesoros románticos que apilas
en la cueva sin fin de tu secreto.
¿Cuándo te atreverás a abrir la puerta
a la esperanza que lloraste muerta
y que hoy más bella en tus recuerdos vive,
para decir a su divino orgullo:
—¡El homenaje de mi amor recibe!...
Todo cuanto atesoro, todo es tuyo?

X

Para el lírico ensueño de mi vida,
 en la paz del crepúsculo amaranto,
 en tu jardín resucité el encanto
 maravilloso del jardín de Armida!

¿Dónde la gruta azul y la florida
 glorieta tutelar? ¿En dónde el canto
 del ruiseñor y el silencioso llanto
 de la fuente entre rosas escondida?

¿Y dónde tus jardines, las carnales
 granadas de tus labios y las pomas
 maduras de tus senos otoñales?

¡Sólo en mis manos la nostalgia queda
 de tibias timideces de paloma
 bajo una tenue suavidad de seda!

XI

Mano que yo besé tímidamente,
 temiendo que mi beso deshiciera
 sus jazmines de nieve... Primavera
 con que sueña el invierno de mi frente...

¿Cuándo regresarás, pálida ausente
 a cerrar mis heridas? Hechicera,
 para sanar, tus bálsamos espera
 mi herido corazón convaleciente!

Sueña mi soledad con el encanto
 de tus caricias suaves y lejanas...
 Cuando vuelvas ¡oh, pálida ilusoria!
 a ungir mis venas con el óleo santo

VILLAESPESA

de tus piedadades, todas las campanas
de mi pasión repicarán a gloria!

XII

La madreselva que al balcón se enreda
la noche de tu cámara trasmina,
mientras el ruiñeñor insomne, trina
en el mármol lunar de la arboleda.

En la ceguera del espejo, queda
sólo una opaca claridad marina...
¡Para velar tu desnudez divina
la blanca noche convirtiósese en seda!

Y tu silencio y el silencio mío
colaboraron a rimar a besos
un nocturno simbólico de estío.

Noche de paz y luna... Noche tibia.
¡Ay! ¿No sentiste, blanquear tus huesos,
bajo el beso lunar de mi lascivia?

XIII

¡Oh, tu blanco regazo! ¡En él quisiera
eternamente suspirar cautivo,
amarrado a tu seno por el vivo
dogal de tu nocturna cabellera;

aun surca el mar mi lírica galera,
con su áurea quilla. En mi jardín estuvo
aun queda para ti como el lascivo
perfume de la muerta Primavera.

No se ha apagado aún; no se ha apagado
el fuego de mi lámpara. Su llama

ilumina tu alcoba y puede aún darte
 una ilusión de luz... Todo ha pasado,
 y hasta el violento impulso de la brama
 perdió su fuerza y transformóse en arte!

XIV

Cara a mis ojos y a mis manos cara,
 bálsamo y suavidad... Único amparo
 de mi dolor... En mis tormentos faro
 y en mis desiertos la cisterna clara.

Más dulce para mí que el oro para
 las sórdidas pupilas del avaro...
 Reposorio de paz, lecho preclaro
 que la piedad del cielo me depara,
 al fin de mi camino, cuando exhausto
 de cansancio y dolor desfallecía...
 Hoy, al partir, en lírico holocausto
 a la piedad que para mí destellas,
 sobre tu sien coloca mi poesía
 esta corona de catorce estrellas!

En voz baja

I

Afirman que jamás has de quererme,
 y no puedo creerlo...

¡La existencia sería inconcebible
 sin la esperanza de alcanzar el cielo!

II

En vez de acobardarme me da alientos
la oposición que a mi cariño haces...
¡Siempre ha sido más grande la victoria
cuanto más indeciso fué el combate!

III

Una estatua de Venus contemplábamos:
—Ve aquí tu imagen—dije...
¡Oh, cuánto os parecéis!... ¡Como tú es bella,
y como tú insensible!

Cantos

Déjame mudo de pena...
¿Para qué quieres que cante,
si mi canción es tan triste
que no la comprende nadie?

Golondrina del desierto
perdida en los arenales,
que no encuentra en su camino
ni un árbol donde posarse,
ni la plata de una fuente
que su sed, de paso, apague,
jamás perfumó las brisas
con la flor de sus cantares!

Alma que perdida cruza
del mundo las soledades,
sin hallar un alma amiga

que mitigue sus pesares;
si alguna vez da en cantar,
serán sus cánticos ayes,
donde del pecho angustiado
toda la amargura exhale!

No me pidas versos... Tuyo
son mis goces... Mis cantares
son para mí... ¡Deja, deja
que mi corazón se bañe,
en las lágrimas que vierten
y en el veneno que esparcen!...

Oraclón

Tristeza,
belleza,
alma de las cosas,
corazón del mundo!...
Un dolor profundo
perfuma las rosas.

¡La Naturaleza
es toda tristeza!...
Todo cuanto existe
es un alma triste
que al Misterio reza...

Pupila de ciego
que se alza a la altura,
y desciende luego
llena de amargura,

VILLAESPESA

vidriosa, impregnada
de esa inmóvil pena
profunda y serena
del que no ve nada!

Es triste la vida...
Es la dolorida
ansia del que quiere
contener la herida
por la cual se muere...

Mejillas llorosas...
Crepúsculos tristes...
En todo tú existes,
tristeza,
belleza,
alma de las cosas,
corazón del mundo!

Tu encanto profundo
tan sólo tranquilas
verán las pupilas
que el dolor supieron...

Ojos que de tanto
llorar, aprendieron
a llorar sin llanto!

Tríptico de Salomé

I

HERODÍAS

En tanto que el silencio la voz de un arpa alegre
y el Tetrarca en su trono, con las miradas fijas

SUS MEJORES VERSOS

en el humo, acaricia la larga barba negra
con sus pálidos dedos fulgentes de sortijas,

tiembla bajo la túnica de púrpura bordada
de esmeraldas y perlas, con lascivo temblor,
la carne de Herodías, ungida y macerada
por las manos más sabias y expertas del Amor.

Sonríe de lujuria en su lúbrico encierro,
mientras liban silencios colmenas de canciones
y serpientes de aromas los pebeteros dan,

porque sueña que arrojan a la jaula de hierro,
donde rugen de hambre sus líbicos leones,
el desnudo y sangriento cadáver de Johanán.

II

JOHANÁN

Cubre su torso hirsuto sucia piel de camello;
fosforecen los ojos en la negra prisión,
y al levantarse agita su indómito cabello,
cual sacude sus ásperas melenas un león.

Al eco de sus gritos se extinguen las canciones;
se estremece Herodías, en su lecho nupcial;
y al oír, en el desierto, aullar sus maldiciones,
se encoge, temerosa, la sombra del chacal.

Salomé en vano danza. Mientras está danzando
desnuda y sonriente, El, perdido en sí mismo,
cerradas las pupilas, sólo recuerda cuando

VILLAESPESA

bajo un sauzal, hundido en el Jordán los pies,
con su concha marina las aguas del bautismo
vertió sobre la frente de "El Que Vendrá Des-
[pués".

III

SALOMÉ

Bajo la luz bermeja de las antorchas pasa
danzando, suelta al viento la leonada melena,
y entre las espirales de sus velos de gasa,
transparece el incendio de su carne morena.

Deslumbra de sus joyas el vivo centelleo;
vierten los incensarios perfumes orientales,
y tiemblan al mirarla, y rugen de deseo
los tigres de los Siete Pecados Capitales.

Triunfalmente sonríe, en tanto que el pie avanza,
tejiendo los armónicos encajes de la danza
que riman las ajorcas con su temblor sororo...

Y sostiene en el arco de sus brazos de artista
sobre la crencha indócil, la bandeja de oro,
donde sangra la trunca cabeza del Bautista.

La balada de la Nochebuena

¡ Hosanna ! En el cielo
una voz se siente.
¡ Cristo vino al mundo
dentro de un pesebre !
Pastores cantando
del monte descenden,

SUS MEJORES VERSOS

y al hijo del hombre
leche y miel ofrecen.

Y a la luz de plata
de una estrella, vienen
en sus dromedarios
tres reyes de Oriente...

¡Pobre hogar sin lumbre,
sin amores, tienes
tan honda tristeza
que al mirarte muere
la risa en los trémulos
labios más alegres!...

Un sueño de gloria
los mundos conmueve.
Todo vibra en cánticos...
Tan sólo tú tienes
silencio de olvido,
soledad de muerte...

Para tí el humano
Redentor no viene...
¡Pobre hogar!... Un viejo
sepulcro pareces...

¡Hosanna en los cielos
una voz se siente...

Truenan panderetas,
vibran los rabeles,
y sobre la dicha
del mundo, desciende
lento y silencioso
un sueño de nieve!



La última cita

—¿Me olvidarás?—te dije, entre mis manos
estrechando tus manos delicadas...

—¡Jamás!—me respondiste, en mis pupilas
clavando tus pupilas de esmeralda,
en donde suspendidas
entre el oro que esmalta tus pestañas,
cual perlas de irisados resplandores,
temblorosas veíanse dos lágrimas...

¡Lágrimas que mis labios apuraron
en un hondo silencio de nostalgias,

SUS MEJORES VERSOS

antes de que cual gotas de rocío
rodasen a las flores de tu cara!

Recinaste en mi seno tu cabeza;
tus brazos rodearon mi garganta;
se unieron nuestros labios, cual se juntan
las flores a los besos de la auras;
y así unidos, lloramos largo tiempo,
porque el placer también tiene sus lágrimas!

Tenue rayo de Luna, penetrando
a través del rosal de tu ventana,
alumbró con su plata melancólica
la perfumada estancia;
y a lo lejos, turbando de la calle
el silencio, escuchóse una guitarra,
cuyas lánguidas notas trajo el viento
entre sus tibias y olorosas ráfagas,
semejantes al ruido de las olas
cuando besan la arena de las playas!...

Las horas del deseo

I

Desángrase la tarde en tus ojeras
con fugas de amatistas y rubíes,
en tanto que, enigmática, sonríes
a la ambigua ilusión de mis quimeras.

Sobre el mar se recorta, incandescente,
tu señoril y heráldica silueta,
en los oros sangrantes y el violeta
de la profusa tarde decadente.

VILLAESPESA

En el áureo verdor de la arboleda
diafaniza la luz tu piel de seda.
Bajo el rojo dosel de tu sombrilla
que en el incendio del ocaso arde,
en el rubí de tus pupilas, brilla
la crueldad lujuriosa de la tarde.

II

Todo es viva colmena de alegría.
Campanas de cristal tocan a fiesta,
y el sol hace brillar a la floresta
con su capa pluvial de pedrería.

Bajo la transparencia azul del velo
que idealiza tu cálida hermosura,
reflejan tus pupilas la ternura
de los zafiros pálidos del cielo.

En los ustorios trémulos del río,
a la clásica sombra de las parras,
con tu belleza y mi lujuria a solas,
eres símbolo humano del Estío,
con tus cabellos áureos de cigarras
y tus senos sangrientos de amapolas.

III

En una insinuación de ofrecimiento
tu mano abandonaste entre la mía.
Calor de nidos y de paz, el viento
en la tarde y nosotros, difundía.

Olía a rosas tu corpiño blanco,
y mostrando, al pasar, con la mirada

la soledad propicia de aquel banco,
suspirste a mi oído:—Estoy cansada.

Y en el musgo, que amparan las humbrías,
te reclinaste silenciosamente,
con una leve repulsión caduca.

Y tu pudor baló sus elegías,
como un cordero que, temblando, siente
los dientes del león sobre la nuca.

IV

Junto a la fuente que alza en la glorieta
la alígera blancura de un Cupido,
entre mis brazos suspirste inquieta
bajo el fragante naranjal florido.

Desabrochó mi mano el camafeo
que a los hombros la túnica prendía,
y tus senos, hinchados de deseo,
su mármol dieron a la luz del día.

Mas, alzando de pronto la cabeza,
en un gesto de orgullo y de fiereza,
de tu cabello desataste el nudo,

y a tus senos rodó su áureo tesoro,
¡para envolver a tu pudor desnudo
en su manto imperial de seda y oro!

V

¡Oh, divino temblor! Cuando desnuda
por vez primera a la mujer amada,
que torpe nuestra mano desanuda
la efímera ilusión de una lazada!

VILLAESPESA

Ella de nuestros brazos se desprende,
y al suelo baja su mirar sereno,
y con las manos ocultar pretende
las magnolias de mármol de su seno.

Nos mira, con mirada lacrimosa,
busca un refugio sin saber adonde;
hasta que al fin, ligera y ruborosa,
burlando nuestros lúbricos antojos,
entre las blancas sábanas se esconde,
subiéndose el embozo hasta los ojos!

VI

Deja que el velo de tu cuerpo aparte.
Mármol será, bajo la azul esfera.
Ya floreció la nueva Primavera
para darte dosel y enguinaldarte.

Desnuda cual los mármoles, mi Arte
así te quiere ver. La vida entera,
extáticos los ojos, estuviera
postrado ante tus pies para adorarte.

Es la Belleza imperturbable y muda
la única religión en la que creo,
y tu belleza, para orar, me basta.

No temas que mirándote desnuda
enturbie mis pupilas el Deseo...
La desnudez, si es bella, es siempre casta.

VII

Bajo el sol de la tarde nazarita,
junto al fausto oriental de tu belleza,

soy un mendigo escuálido que reza
 en el áureo mirab de una mezquita.

Yergues tu rostro astral y resucita
 con una salomónica grandeza,
 en el bronce inmortal de tu cabeza
 el gesto iniciador de Sulamnita.

Y ya libre de escrúpulos serviles,
 en el regio crepúsculo sonoro,
 sobre el verde tapiz de la entamada,
 con mis manos voraces y viriles
 de su estuche imperial de seda y oro
 tu cuerpo desnudé como una espada.

VIII

En el silencio del jardín la sombra
 tiene un nupcial perfume de rosales.
 Hay diamantes de estrellas en la alfombra
 y un éxtasis de luna en los cristales!

En la baranda del balcón aguardo
 —y en laberintos lúbricos me pierdo,—
 ese vago y sutil olor a nardo
 con que suele anunciarse tu recuerdo!

Con sus áureas molduras se vislumbra
 el tálamo dormido en la penumbra,
 que espera en el silencio de estas noches,
 esa caricia imperceptible y única
 que producen las sedas de tu túnica
 al desprenderse de sus áureos broches!

IX

Palidece tu rostro sobrehumano;
 mirándote en mis ojos te extasias,
 y trémula de amor entre las mías
 siento latir las venas de tu mano.

Levantas la cabeza con un gesto
 de entrega, y tenebroso y ondulante
 sobre la palidez de tu semblante
 desciende tu cabello descompuesto.

Sonríes, con los dientes apretados,
 y tus dos senos tímidos parecen
 bajo la gasa que te vela el pecho,
 dos niñitos mellizos asustados
 que, abrazados al cuello, se estremecen
 bajo las blancas sábanas del lecho!

X

Siento una postración de cosa muerta
 y una vaga inquietud de cosa viva
 dentro de mí... ¡Oh, ven, boca lasciva,
 y háblame, como ayer, en la desierta
 cámara silenciosa y enpolvada
 donde quedaron para siempre impresos
 la musical lujuria de tus besos
 y el fosfórico ardor de tu mirada!

En el revuelto lecho, la fragancia
 cálida de tu carne, da a la estancia
 un aroma sutil a ramos secos
 de azahar, y los ropajes blancos
 como moldes de amor guardan los huecos
 que dejaron tus senos y tus flancos!

XI

Las pompas imperiales de tu fausto
de orgullosa princesa bizantina,
me dejaron exánime y exhausto
sobre las sedas de tu piel felina.

Y como aquel que conquistó un tesoro
o ganó en la batalla una corona,
me dormí triunfalmente bajo el oro
de tu regia melena de leona.

Y del alba a los míticos destellos,
a través del temblor de tus cabellos,
miré, sobre el tapiz florelisado,
—prendas que abandonaste en la derrota—
algún áureo collar desengarzado
y alguna cinta ensangrentada y rota.

XII

Quedó en mis manos un jirón de encaje;
te escapaste de mí como una sombra,
mas al huir, se te enredó el ropaje
y rodaste de espaldas en la alfombra.

Te curvé bajo el yugo de mis brazos,
y de mis dientes la caricia ruda
rasgó cendales y deshizo lazos
hasta dejar tu castidad desnuda.

Y allí, sobre la alfombra, entrelazadas
las sombras como hiedras agitadas,
confundidas en un bárbaro grito
nuestras bocas raspantes y lascivas,
resucitamos el antiguo mito
del amor, en las selvas primitivas.

XIII

El índice en el labio sonriente
y la mirada prometiendo goces,
ante mí apareciste, de repente,
como al conjuro de mis propias voces.

Y replegando el cortinón de seda
carmesí, que a tu alcoba impide el paso,
—entra—dijiste, con voz tan queda
como un temblor agónico de raso.

Y sobre los moriscos almohadones,
nuestras carnes y nuestros corazones,
como dos pareados acoplamos.

Rimamos todos los diminutivos,
y el divino soneto terminamos
con un temblor de puntos suspensivos.

Tarde de estío

La ventana entreabierta
deja entrar el incendio
del verano: un perfume
de rosas y de fuego
asfixiante... De fiebre
mis labios están secos.

¡Nadie a mi lado! Nadie
que interrumpa el silencio
de estas horas sangrientas
en que vivo muriendo!

Ni una pálida mano
que enjugue en su pañuelo

el sudor de mi frente,
 mis lágrimas, ni un beso
 que refresque mis labios
 marchitos y sedientos!

Ella, la única amada,
 reposa allá, tan lejos,
 que a mí llegar no puede
 ni aun con el pensamiento!

La ventana entreabierta
 deja entrar el incendio
 del verano: un perfume
 de rosas y de fuego...

Anunciación

Nuestro hogar es un sueño. La lámpara ilumina
 tenuamente la alcoba. La larga noche empieza.
 Yo leo a D'Annunzio, y ella, arrodillada, reza
 delante de una arcaica Madona bizantina.
 Una azucena mustia en un gomil de China
 inclina, deshojándose, su mística belleza,
 y en el tic-tac del péndulo palpita con tristeza
 el corazón del tiempo que sin cesar camina.
 Me interroga, de pronto, con voz baja y doliente...
 La levanto temblando y la beso en la frente...
 Me estrecha entre sus brazos en locas convulsiones,
 y un nombre dulce y santo—toda rubor—exhala...
 Fué entonces cuando, tímido bajo el candor del ala,
 habló a su oído el Arcángel de las Anunciaciones!

Responso

De mis jardines las flores
 el Otoño deshojó...
 La estación de los amores
 ya pasó...

Por los que murieron, llora
 una campana al doblar...
 De rezar esta es la hora...
 ¡Corazón, ponte a rezar!

¡Qué pronto se deshojaron
 tus esperanzas de ayer!...
 Las golondrinas volaron
 para nunca más volver.

Mientras tu labio ofrecía
 a mi labio un beso en flor,
 aullar un perro se oía...
 ¿Se irá a morir nuestro amor?

Por los que murieron llora
 una campana al doblar...
 De rezar esta es la hora...
 ¡Corazón, ponte a rezar!...

Retrato

Te trazara en un lienzo, iluminada
 del sol que muere por la luz postrera,
 con la negra y undosa cabellera
 sobre los blancos hombros destrenzada.
 Pálido el rostro y fija la mirada

como una Santa, en la celeste esfera ;
 y en tus manos de nieve, prisionera
 una blanca azucena inmaculada.
 De lirios y azahares ceñiría
 tu frente de marfil, pura y radiosa ;
 y a tus pies, como ofrenda, arrojaría
 mi ardiente corazón enamorado...
 ¡ Rojo clavel que ante tu altar de diosa
 la mano del amor ha deshojado !

La mejor canción

Deja que enamorado, enloquecido,
 en tu seno recline mi cabeza,
 y olvide, contemplando tu belleza,
 todos los desengaños que he sufrido !
 Como ya tu cariño he conseguido
 y esclava es de mi amor tu gentileza,
 las sombras de mi lúgubre tristeza
 huyen a refugiarse en el olvido !
 Mírame fija... ¡ Así !... ¡ Más todavía !...
 Siento en mis brazos, de tu carne, el peso,
 y aumenta el corazón sus pulsaciones...
 Acerca más tu boca hacia la mía...
 ¿ Quiéres una canción ?... Pues, toma un beso !...
 ¡ Es la mejor de todas las canciones !

En la brecha

A Salvador González Anaya.

Yo también ardo en tus ansias ;
 yo también siento tus penas ;

VILLAESPESA

yo también, a solas, lloro
mis delirios de poeta;
y viendo allá, en la alta cumbre,
de la Fama la bandera,
tiendo mis débiles alas
y volar quiero hasta ella,
sin saber que es sólo un sueño
que la luz del alba ahuyenta:
¡élitros de mariposas
que sí se tocan se quiebran!...

Por eso son mis canciones
tristes, nerviosas e inquietas,
como el rugiente oleaje
que entre las rocas se estrella!...

¡Dichoso tú ,noble amigo,
que tienes, en la contienda,
una madre que te ampara
y una virgen que te alienta! ...

¡ Feliz tú, que cuando airado
te oprime el dolor, encuentras
una voz que te da alientos,
unos brazos que te estrechan,
unos ojos que te miran,
y unos labios que te besan!...

¡ Triste de mí, que al acaso
voy cruzando la existencia,
sin encontrar quien me guíe,
sin que nadie me comprenda!...

La fe me negó sus alas;

su faro el amor me niega,
y mis sueños son más pálidos
que la luz de las luciérnagas!...
Sin saciar mis ambiciones
abandono la pelea,
cansado, mas no vencido...

¡Lucha tú, noble poeta,
que si la victoria alcanzas,
puede tu amor ofrecerla
a esa virgen cariñosa,
que, cuando falto de fuerzas
te rindes, valiente exclama,
señalando tu bandera:

—¡Adelante! Lucha y vence,
que mi regazo te espera,
para curar tus heridas
y dar consuelo a tus penas!—

Yo, con luchar, ¿qué adelanto,
si aunque la corona obtenga
del vencedor, no me sirve,
pues no tengo en mis tristezas
ni flores con que adornarla
ni frente donde ponerla!...

Nocturno de ruiseñor

—Ruiñeñor, que a mis rosales,
vienes a entonar tus cantos,
en tus vuelos fugitivos,
¿acaso viste a mi amado?

—Le escuché llorar tu ausencia
 en el bosque solitario,
 y de él aprendí los trinos
 que en tu rosal he cantado.

—Agua de plata del río,
 que cruzas serena el prado,
 ¿reflejaste en tus cristales
 la triste faz de mi amado?

—Le vi agonizar de pena,
 y mi corriente han formado
 las lágrimas silenciosas
 que por tu ausencia ha llorado!

Aurora triste

A Alejandro Sawa.

Bajo la luz del alba dormita el caserío.
 Un buey muge. Un gallo canta. La golondrina
 en las floridas rejas de la ventana trina,
 agitando las alas bañadas de rocío.
 Silenciosas las sendas y las ventanas todas
 sin luz... Una tan sólo fulgura iluminada...
 ¿Un poeta que escribe canciones a su amada
 o una novia que cose su vestido de bodas?
 Sobre el pueblo dormido y las calles lejanas
 cruza un lento y severo plañido de campanas
 que en los remotos valles, temblando va a extin-
 [guirse...

La luz azul y trémula de la aurora ilumina
 a algún pálido rostro que, llorando, se inclina
 a cerrar unos ojos que jamás han de abrirse!



La canción de la golondrina

La tarde va a morir. El sol se aleja;
y los reflejos de su luz medrosa,
tiñen de oro, de coral y rosa,
los cándidos jazmines de tu reja.
El cielo, el cráter de un volcán semeja;
y en la playa, la ola temblorosa,
al morir en la arena, silenciosa,
como un alma nostálgica se queja.
Se pierden, gorgendo de alegría,
las golondrinas por el mar, temiendo
las albas grises que su nido escarchan...
¡Siguelas con los ojos, vida mía!...
¡Son ilusiones que se van perdiendo!...
¡Nuestros últimos sueños que se marchan!

¡Pietá signor!

A Francesco Rocchi

¡Pietá, signor!, la música
solloza.

¡Pietá, signor!, murmura
una voz angustiosa
que arrodillada, al cielo
misericordia implora.

Es el grito del náufago
que hundido entre las olas
su mano alza, buscando
la tabla salvadora.

Es el grito de un alma
que gime temerosa
viéndose en el silencio
amenazada y sola...

¡Amada! Sé tú siempre
bondad, misericordia!...

¡Arrodillada reza
por todos los que lloran,
por todos los que sufren,
por esas almas solas
que perseguidas buscan
un refugio en tu sombra!...

Ten siempre para ellas
la sonrisa en la boca...

Jamás la tierra verde
vuelva a tornarse roja...

El mundo entero sea
una familia sola!

¡Pietá, signor!, murmura
una voz angustiada
que arrodillada, al cielo
misericordia implora.

Claros de luna

I

Cuando la tarde a declinar empieza,
para soñar con tu cariño ausente,
cierro los ojos, y pausadamente
reclino entre las manos la cabeza.

En mil gestos revive tu belleza:
te miro en los balcones, sonriente,
y la paz de la luna da a tu frente
el marmóreo candor de su pureza.

Me envuelve tu mirada soñadora...
Ya ahuecas con tus dedos el cabello,
ya ensayas en los labios un desvío...

Y así dejo pasar, hora tras hora,
recordando y llorando todo aquello
que pudo ser y que jamás fué mío!

II

Tu voz tiene un dulzor de áticas mieles
y un éxtasis de mística poesía.

Tu voz huele a jazmines y a claveles
y suena a coplas de mi Andalucía.

Tu voz fué hecha para el rezo y para
dar a las almas débiles aliento...

¡Si alguna estrella en el azul cantara
tendría las dulzuras de tu acento!

Voz de palabras castas y tranquilas,
voz que impregnan de llanto las pupilas
adonde nunca se asomara el llanto...

Voz hecha de piedad y de poesía,
para hablarnos, en horas de quebranto,
del cielo, de Jesús y de María!

III

La piedad de tu mano es un milagro
de suavidades y de transparencia,
y a sus puras caricias les consagro
la más blanca ilusión de mi existencia.

Vivir entre tus manos como una
rosa de paz o una paloma herida,
es sentir en la plata de la luna
diluirse el ensueño de la vida.

¡Oh, blanca mano que mi mano estrecha,
yo te daré perfumes mientras queden
rosales en mi senda florecida!

¡Oh, mano de piedad!... ¡Oh, mano hecha
para cerrar los ojos que no pueden
soportar las tristezas de la vida!

IV

Tus ojos son dos flores de tristeza,
dos claros lirios de melancolía,
que perfuman tu lírica belleza
de una inefable y mística poesía.

Ojos que aman la plata de la luna
y la pureza de los alabastros...

Ojos de paz que son igual que una
noche profunda constelada de astros.

Ojos ebrios de ensueño, que tenéis
ardores de fulgentes mediodías
y claridad de noches tropicales...

¡Ojos de buen camino, florecéis
en las tinieblas de mis elegías
como dos luminosos madrigales!

V

El humo del tabaco desenrolla
la azulosa fragancia de su espira,
y la pereza de tu voz criolla
tiene dulces quejumbres de guajira.

Tu imagen en mis sueños se destaca,
suelta al viento la negra cabellera,
meciendo su indolencia en una hamaca
bajo la sombra azul de una palmera.

Siguiendo el movimiento de tus manos,
mientras me hablas dulce y quedamente
de paisajes fragantes y lejanos,

mi alma es un ave aprisionada y fija
en la fascinación de la serpiente
con ojos de rubí de tu sonrisa.

VI

El tapiz—arenales, caravanas,
y episodios de galgos y gacelas—

VILLAESPESA

raya el sol que atraviesa las persianas
con sus doradas líneas paralelas.

Asciende del jardín un soplo cálido,
y en el biombo, tras el cual tú sueñas,
manchan el cielo de un azul muy pálido
curvas emigraciones de cigüeñas.

Sobre el diván florido en la penumbra,
mi pupila fantástica columbra
tus guantes como dos copos de nieve,
y el rojo llamear de tu botina
de raso, digna de calzar la breve
planta de una princesa china.

VII

Sobre las verdes y floridas lomas
en la gracia melódica del cielo,
deshojan, flor a flor y vuelo a vuelo,
sus cándidas guirnaldas las palomas.

Tú persigues sus sombras, desde el banco,
sobre el azul espejo de la linfa
donde desnuda y clásica, una ninfa,
vierte su concha oval de mármol blanco.

Oculto entre las verdes enramadas
donde la savia palpitar se siente;
presas de la ilusión con que fascinas,
mis miradas persiguen tus miradas,
como sobre las aguas de la fuente
se persiguen, al sol, las golondrinas.

VIII

Sobre los verdes huertos se difunden
vespertinos clamores de campanas,

y en un mismo reflejo se confunden
la tarde y tú, cual dos sombras hermanas.

Las lejanas montañas se idealizan
en un incendio de fugaces rojos,
y a la par se desangran y agonizan
las luces del crepúsculo y tus ojos.

La tarde y tú! Dos sueños que se esfuman,
dos caricias de luz que palidecen...

Las viejas cargas del dolor me abruman...

Sollozan lentos dobles de campanas,
y en un mismo temblor se desvanecen
la tarde y tú, cual dos sombras hermanas!

IX

Plasmáronse en la sombra los jardines,
donde se deshojaba, triste y leda,
en un sonoro acariciar de seda,
la romántica voz de los violines.

El callado pisar de tus chapines
levantaba, a su paso, en la arboleda,
un aliento fragante de reseda
y blancas polvaredas de jazmines.

Fosforeció la luna en tu cabello,
el lago se agitó como una pluma
bajo el encanto de tu rostro blondo...

Y los cisnes, tendiendo el grácil cuello,
se hundieron, en un círculo de espuma,
para besar tu imagen en el fondo!

X

Bajo los miedos de la noche incierta
la lágrima de plata de un lucero

VILLAESPESA

a mis cansancios señaló el sendero
que termina en los olmos de tu puerta.

Llamó, con leves golpes, mi inexperta
mano desamparada de viajero...

Como Cristo el agobio del madero,
llevaba al hombro mi esperanza muerta!

En el silencio rechinó la llave,
y el corazón, como paloma inquieta,
quiso romper la cárcel de su seno,

al contemplar, entre la luz suave
del umbral, la ilusión de tu silueta,
toda de blanco como un ángel bueno.

XI

En la tibia piedad de tu regazo
se acogió mi dolor, igual que un niño
que huérfano de amparo y de cariño
al cuello de su hermana tiende el brazo.

Con gesto maternal, mi desgredada
y rebelde melena acariciaste,
y con tus besos me purificaste,
bajo la paz azul de tu mirada.

Arrullaste mis sueños con voz queda;
y cerraron tus manos milagrosas
las úlceras de mi melancolía...

Y en tu falda imperial de oro y seda
resucitaron, para mí, las rosas
de la leyenda de Isabel de Hungría!

XII

Tanto he sufrido y tanto he caminado,
y tan rendido y fatigado vengo,

que milagrosamente me sostengo,
gracias a la piedad de mi cayado.

Mi sien está de espinas coronada
y llagadas mis manos como Cristo,
¡y en el Calvario de la vida he visto
tanto dolor que no quiero ver nada!

¡Abreme, que a tu puerta desfallezco!
¡Acógeme en tus brazos, dulce amiga,
que entre las sombras de terror perezco!

Tiembla mi voz, se enturbia la mirada
y me caigo de sueño y de fatiga...
¡Deja un hueco, a mi sien, en tu almohada!

XIII

¡Qué dulce se desliza la existencia!
En medio de este ambiente de cariño,
mi corazón recobra su inocencia,
y vuelve a ser ingenuo como un niño.

Mientras rima su acento con el mío,
¿quién recuerda los viejos desengaños?
¡Ella ríe sus penas, y yo río
las amarguras de mis treinta años!

Bajo la protección de sus miradas,
se deslizan las horas tan calladas,
que ni siquiera resbalar sentimos
las sombras de su vuelo sobre el muro,
mientras, entre sonrisas, construimos
los castillos de naipes del futuro!

XIV

Mi sed no halló jamás una cisterna,
y triste y solo cruzo la llanura,

procurando olvidar esta ansia eterna
de saciar en tus brazos mi ternura.

Busco un refugio sin saber adónde,
entre gente viciosa y miserable,
escondiendo tu amor como se esconde
la llaga de algún cáncer incurable ...

Sobre el horror de un mercenario seno
¡cuántas veces soñé que aun era bueno,
porque te vi a mi lado, por la espalda
el cabello, mirarme con cariño,
mientras tu mano acariciaba a un niño
dormido en la penumbra de tu falda!

XV

—¡No hay esperanza, no!— lloró tu acento...
Se pone entre los dos lo irreparable—,
y deshice mi vida miserable
en la estéril angustia de un lamento.

En la larga agonía del momento
que tu silencio hacía interminable,
me sentí enloquecer, como un culpable
ante el cadáver de un remordimiento.

Y te fuiste de mí, como la vida
se escapa por los labios de una herida...
Y te siguió mi amor hasta tu encierro,
echándose a morir junto a la puerta,
aullando de dolor igual que un perro
sobre la tumba de su dueña muerta!

XVI

No sé qué llama intensa me consume
ni qué monstruo invisible me devora,

que el sueño de mi vida se evapora
con el fugaz aliento de un perfume.

Mi esperanza en un grito se resume,
y el alma entera de tristeza llora,
al disipar las luces de la aurora
el nocturno fantasma de Ulalume.

Es un temblor continuo mi existencia,
como si presintiese la presencia
de algo que me estremece con un brusco,
erizante y mortal escalofrío...
¡Encuentro en todas partes un vacío,
y busco algo sin saber qué busco!

XVII

La altiva cumbre de quietud solemne
será tu pedestal, ánima mía!
Como élla, tú has de ser adusta y fría,
y a toda humana corrupción indemne.

Allí no llegarán voraces hienas
a devorar su presa. Sola y muda
como una esfinge, te veré desnuda
de todo afecto; más, de toda pena.

Y si ves que otra alma peregrina,
venciendo toda humana pesadumbre,
hacia tu encuentro trémula camina,
súbela al pedestal, dale tu afecto,
y así, abrazados, sobre la alta cumbre
seréis la estatua del amor perfecto!

Myosotis*A Enrico Corradini.*

I

El libro de mis versos tiene un registro rosa
que señala la hora más bella de la vida...
Es el claro recuerdo de aquella edad perdida
que cuanto más lejana surge más luminosa.
Es hora en que a la sombra de algún árbol dormido
bajo la luz dorada del sol de Primavera,
un balbuciente y tímido labio, por vez primera,
una frase de amores murmuró a nuestro oído,
La frase, la divina palabra, se ha olvidado...
No sabemos qué dulce labio la ha pronunciado...
Pero queda la música de la voz, el acento
cariñoso y suave... ¡Pobre alma dolorida,
póstrate de rodillas y besa este momento,
el único momento dichoso de tu vida!

II

Una oración se eleva del jardín... En alguna
senda, se apaga el eco de unos pasos distante,
y de los negros árboles las sombras ondulantes
tiemblan sobre el movable cristal de la laguna.
En el fondo del parque melancólico, en una
escala monótona de notas vacilantes,
el surtidor aventa su polvo de diamantes
temblando bajo el pálido resplandor de la Luna.
El alma solitaria de Chopín, de una mano

enferma a las caricias, preludia en el piano
 los líricos sollozos de su melancolía.
 Se duerme entre las teclas la mano evocadora...
 la última luz se apaga, y en la selva sombría
 palpita la voz trémula de un ruiñeñor que llora!

III

Paisaje inverosímil de cosas increadas
 en la vida. Ese vago paisaje de oro, seda...
 Y perfumes flotantes, del que tan sólo queda
 un recuerdo confuso de sombras disipadas.
 Las estrellas son almas. Las flores del camino
 incensarios que elevan su perfume a los cielos;
 y una mística ola de inefables anhelos
 suspende nuestras almas en éxtasis divino.
 En todo reina un tímido silencio sobrehumano...
 Se habla con la mirada; el labio no se mueve...
 Ni el aliento más tenue, ni el rumor más pequeño...
 No se besa la boca ni se estrecha la mano
 de la Amada, temiendo que al contacto más leve
 se desahoga en la espuma fugitiva del sueño!

IV

Por el balcón abierto, sobre la noche en calma,
 penetra tembloroso un rayo de la Luna,
 envolviendo la estancia melancólica, en una
 claridad que parece la claridad de un alma.
 El silencio se escucha. En la brisa dormida
 vuela una tenue esencia, un perfume bendito,
 que recuerda aquel vago perfume favorito

VILLAESPESA

de alguien que en nuestros brazos abandonó la vida.
Se oye el más leve ruido, el más tenue... La hoja
de un libro que se vuelve, la flor que se deshoja...
Es hora en que el poeta sobre el papel se inclina
a la luz de la lámpara, y sollozando escribe
la canción más doliente a la sombra divina
de aquella que ya sólo en sus recuerdos vive...

V

Se adivina en el gárrulo temblor de la hojarasca
un estertor, un grito que eriza de pavora
el alma y los cabellos, y en el aire se masca
un húmedo y salobre olor a sepultura.
Sentimos nuestra alma morir en esta roja
tarde que se desangra sobre tersos cristales,
mientras el pensamiento, al acaso, deshoja
los frágiles ensueños de sus mustios rosales.
Todo se va extinguiendo. El tiempo se oye apenas
como el tic-tac de un péndulo que late en nuestras
[venas...

Se apaga la luz lívida de nuestra pesadilla
de sangre... Calla el viento, y el alma se despierta
al ver entre el ramaje a la Luna amarilla
que asoma su faz pálida como la de una muerta.

VI

—Do, Re, Mi, Fa...—La virgen da lección de
[solfeo.

Sobre el atril abierto donde el método ondea,
siguiendo el ritmo ágil de la música, veo

el lirio de sus manos que en las sombras blanquea.
—Fa, Sol, La, Si...—Su acento diluye una fragancia

sutil, cual si de pronto por una vidriera
rota, llegase tibia a alegrar nuestra estancia
una fragante y cálida brisa de Primavera.

—Sí, Do, Re, Mi...—Suspiran los labios infantiles.
¡Oh, Amor, Amor romántico de mis catorce abri-
les!

Azul de las pupilas, labios de rosa, y sobre
el hombro el áureo encaje del cabello deshecho...
¡Y yo, con ambas manos sujetando mi pobre
corazón que quería saltármeme del pecho!

VII

Tienen estos jardines esa lujuria triste
y caduca del último beso de despedida.
Al juntarse los labios se olvida cuanto existe,
y en el beso se pierde la noción de la Vida.
El aire es como una tibia mano de seda
que nos va adormeciendo a fuerza de caricias;
y en la sombra del verde sueño de la arboleda
hay bancos solitarios y altas hierbas propicias.
Edén de encantamientos; fabulosos jardines
con músicas de aguas y aromas de jazmines,
donde todo en un himno de amores se convierte,
hechos para las lágrimas de amante despedida,
para amarse en un beso hasta perder la Vida,
y proseguir besándose a través de la Muerte!

VIII

Ten para todo, amada, una misma sonrisa,
 porque todo es lo mismo, los astros y las rosas,
 el huracán que atruena y la fragante brisa...
 En todo la infinita vanidad de las cosas.
 Es tan breve el camino por donde caminamos
 que no vale la pena de pararse un momento...
 Ni una huella en la senda, tras nosotros dejamos,
 y el polvo que nos cubre se ha de llevar el viento!
 El dolor es la sangre que corre por las venas;
 nodrizas de la vida siempre fueron las penas...
 Sólo el amor nos brinda un poco de consuelo...
 Es la fuente que apaga la sed del peregrino...
 Goza tu dicha: muerde la fruta del camino
 antes que de madura caiga podrida al suelo!

IX

Desde las atalayas resonó la trompeta
 de oro, que al oído anuncia tu llegada,
 y para recibirte, el alma del poeta
 se vistió como una virginal desposada.
 Como a través del humo de fragante incensario,
 entre nubes de polvo, en la senda fulgía
 tu belleza en el solio dorsal de un dromedario,
 toda resplandeciente de luz y pedrería.
 Las trompas te aclamaron con estruendo, y un coro
 infantil cantó un viejo epitalamio de oro...
 Llovieron rosas blancas en el aire tranquilo;
 cruzó ante tí un guerrero desfile de legiones,
 y al pisar tu pie el blanco mármol del peristilo
 te saludó un salvaje rugido de leones!



La casa muerta

A Santos Tavares.

Entre negros cipreses
blanquean las paredes de la casa.
Está desierta. Sobre
la ojiva del balcón, ya no se alza
del escudo de mármol
la heráldica cimera empenachada.

Está ya muerta. Nadie
se asoma a las ventanas...
¡Detrás de los cristales ya no cosen
aquellas manos blancas!

Muda, bajo la sombra
de los altos cipreses, solitaria,

VILLAESPESA

la casa es una tumba
en viejo cementerio abandonada...

Sólo a la media noche, cuando muere
la última vibración de las campanas,
cruza por los jardines silenciosos
una legión de sombras enlutadas...

¡ Pobres muertos queridos, pobres muertos,
volved a vuestras tumbas solitarias !

¡ El escudo de piedra han arrancado
manos plebeyas, y plebeyas plantas
profanan el silencio aristocrático
de las antiguas y grandiosas salas,
donde al son del pausado clavicordio
y a la luz de las trémulas arañas,
copiaron las doradas cornucopias
vuestras nobles pelucas empolvadas !

Página blanca

A Augusto Gil.

Nieva...

La nevada
se detiene lenta
sobre los tejados
humeantes...

Nieva...

A través del velo
que en el aire tiembla,
de espuma y de encaje

son las arboledas,
 y los copos trémulos
 al caer, semejan
 lluvia de azahares,
 mariposas muertas.
 Las voces se apagan...
 Tienen la incoherencia
 de palabras dichas
 entre sueños...

Ciega

el paisaje

El alma

de blancura enferma,
 se duerme en su sueño
 de eterna pureza...
 ¡Oh, cándidas frentes
 de azahar cubiertas!...
 La tarde agoniza...
 ¡Parece la tierra
 —bajo la nevada—
 una novia muerta!

A una niña

Cuando brille el amor en tu cielo
 y a sus rayos tu pecho se abra,
 y se llenen de luz tus sentidos
 y de cantos y aromas tu alma,
 quizá yo, olvidando
 mis tristes nostalgias,
 buscaré tu cariño, cual buscan
 el río a la ola y la ola a la playa!

Mas tú entonces, sin esa inocencia
 que presta la infancia,
 ni podrás descansar en mis brazos
 como ahora descansas,
 ni dar a la fiebre de mis labios secos
 tus labios que saben a miel de granada!...
 Lo que es hoy travesura, sería
 pecado mañana!...

¡Aún no sabes, mi bien, qué es el mundo,
 pues lo ves a través de tu infancia,
 cuyo prisma de oro te hace
 que todas las cosas las halles doradas!...

Desde el puerto, la mar nos parece
 un lago tranquilo, y ansiamos cruzarla,
 sin saber que al final, toda nave
 que al agua se lanza,
 o en su fondo la entierran las olas
 o algún viento la estrella en la playa!...

Y por eso, al oírte que sueñas
 con dejar tu mansión de crisálida,
 y cruzar este mundo, llevando
 como remos tus frágiles alas,
 a mis labios acude un suspiro
 y a mis ojos se asoma una lágrima!...

La Princesa encantada

A Alfredo Guimaraes.

Por mis viejos jardines de Oriente
 ha cruzado una ráfaga helada.

A la Luna, suspira la fuente
como alguna princesa encantada.

Todo un canto de amores salmodia;
se deshoja el rosal agostado,
y despierta el dragón que custodia
el cancel del jardín encantado.

¡Oh, gallardo y gentil caballero,
que llegaste buscando un tesoro,
de un remoto país extranjero,
empuñando tu alfanje de oro;
no traspases los viejos umbrales!...

Al que pasa, el dragón le da muerte
con sus rojas pupilas fatales,
y en un triste ciprés le convierte!

Aún amigas te son las estrellas,
aún está tu esperanza florida...

¡No persigas ensueños, que aún bellas
realidades te guarda la Vida!

¡Sólo aquel que no teme la Muerte,
porque todo lo tiene perdido,
puede, viejo jardín, conocerte,
y en tus frondas hallar el olvido!

Solo aquel que ni sueña ni siente,
es capaz de matar con su espada
al dragón que custodia la fuente
donde está la princesa encantada...

Sólo él puede enjugar ese llanto
que hace siglos resuena constante...

¡Pero tema, al romper el encanto,
que la bella princesa lo encante!

Paisaje de otoño

Es una sombra gris el firmamento,
Bajo la lluvia que el paisaje baña
y los cristales del balcón empañá,
se deshoja el paisaje amarillento.

¡Pupilas que se miran empañadas,
como en viejos espejos patinosos,
en los oscuros charcos temblorosos,
sobre un fondo de flores deshojadas!...

Las yertas manos pálidas se estrechan
para darse calor... Los labios echan
el humo de su aliento... En los cristales

un dedo amarillento y enjoyado
traza, con lentitud, las iniciales
de algún nombre borroso y olvidado!

Tedio

Ni cantos alegres, ni notas brillantes
pidáis que ahora exhale mi ronca garganta,
que llevo escondida la muerte en el pecho
y tengo los ojos cubiertos de lágrimas.
En vano la gloria me ofrece sus lauros,
y el amor su néctar en mi copa escancia!...

En la flor marchita no liban abejas
ni dulces aromas respiran las auras!

Cansado de todo,
ni el placer me aturde ni el dolor me espanta,
que de tanto sufrir en el mundo
se han hecho insensibles mi cuerpo y mi alma!

Lluvia

Aún en el cielo gris flotando queda
una nube plumiza... En el bosque
esponjan las palomas su plumaje
en una vaga ondulación de seda.

Lista un rayo de sol a la arboleda,
dorando las tristezas del paisaje,
y una gota de lluvia, entre el ramaje,
lenta resbala y temblorosa rueda.

La niebla gris empaña los cristales.
Frescura y humedad respira el viento.

Bajo vapor de nieblas rueda el río;
y en los turbios y oscuros lodazales,
como a través de un vidrio amarillento,
se refleja el mojado caserío!

Lejanías

¡ Todo está igual! En los chinescos tíbores,
de dragones y grullas esmaltados,
entre las verdes hojas de las palmas,
doblan su cuello de marfil los nardos.

¡ Todo está igual! El viejo confidente,
los señoriales cortinajes blancos;
las vírgenes azules que sonríen
en el fondo dorado de los cuadros,
y los amores rubios que coronan
los antiguos espejos venecianos.

¡ Todo está igual! La lámpara de plata
esparce sus fulgores. El piano
abierto en la penumbra, silencioso,

VILLAESPESA

aguarda las caricias de tu mano.
¡Oh, lejanas memorias!... No recuerdas?
Al pie del confidente, arrodillado,
mi ardiente sed de besos, cuántas veces
apagué en la cisterna de tus labios!
¡Todo está igual! La misma luz que entonces
tiñó de rosa tu semblante pálido,
hoy trémula y fugaz se descompone
en los rotos cristales de mi llanto!
El mismo espejo que copió orgulloso
de tu hermosura los divinos trazos,
hoy me ve sollozar en la penumbra,
la flor de mis recuerdos deshojando...
¡Todo está igual! Tan sólo entre las sombras
hay algo nuevo que me infunde espanto:
unos ojos lejanos que me miran
de profundas ojeras rodeados,
y la sombra de un sueño que me espera
para morir de amor entre mis brazos!

Crepúsculo

A Adelaide Bernardini.

En la paz inefable
de la luz que se apaga,
humildemente sube
al cielo una plegaria
de humo, mientras ahogando
su son en la distancia,
resuena, lento, el golpe
monótono del hacha.

Yo siento una tristeza
 infinita y hurafía,
 recordando la cuna
 de los niños... la caja
 donde el último sueño
 duerme la vida humana!
 Ella, el triste crepúsculo
 contempla, muda y pálida;
 y tenue el viento mueve
 lentamente las páginas
 de un libro que olvidado
 yace sobre su falda!
 En la paz inefable
 de la luz que se apaga,
 humildemente sube
 al cielo una plegaria
 de humo, mientras ahogando
 su son en las distancias,
 resuena, lento, el golpe
 monótono del hacha!

La hora familiar

A Alfonso Gayo.

Ya no se ven tras los cristales
 que incendia el sol del Mediodía,
 los rostros pálidos, las manos
 blancas y exangües de las niñas
 que en las serenas tardes, bordan;
 ni en las nocturnas sombras brillan
 los resplandores de una lámpara

VILLAESPESA

sobre la paz de la familia.
Están cerradas las ventanas,
y melancólicas las brisas
de Otoño, húmedas deshojan
la enredadera ya marchita.
¡Adiós, le dije a la ventana,
donde en lejanas despedidas
tembló de miedo por la ausencia
su blanca mano entre las mías!
La casa duerme. Los cristales
copian el rostro de otras niñas
que bordan lentas, en la tarde;
y en las nocturnas sombras brillan
los resplandores de otra lámpara
sobre la paz de otra familia!

Perfume de otoño

A Alfredo Blanco.

La tarde se muere...
Respira la brisa
un triste perfume
de rosas marchitas.
La enferma, sentada
al balcón, se mira
las pálidas manos,
exangües y finas.
Y al sol, en la nieve
de los dedos brilla
el rubí de una
dorada sortija.

Florece en sus labios
 amarga sonrisa,
 y una leve lágrima
 tiembla y se desliza
 lenta por las pálidas
 y enfermas mejillas.
 La tarde se muere...
 Respira la brisa
 un triste perfume
 de rosas marchitas!

Ensueño de un crepúsculo de estío

A compás de un sonoro
 repique de campanas,
 sobre la tierra verde
 y florida, se alza
 con las alas al viento
 tímida visión blanca.
 Los pliegues de su túnica
 en el aire resbalan,
 y un perfume de ensueños
 esparce sus fragancias
 en el aire tranquilo
 de la tarde callada.
 Lentamente, a borrarse
 empieza en la distancia
 la visión, a los sonos
 de una música lánguida
 de violines...

Tan sólo
 distingue la mirada,

VILLAESPESA

al borde de la túnica,
leve pie sin sandalias...
Un breve pie de nieve
que una noche lejana
retuve prisionero
entre mis manos pálidas!...
En el azul tranquilo
la tenue visión blanca
se extingue con el eco
de la última campana,
mientras sobre los campos
lenta la luz se apaga,
y en el cielo arde una
estrella solitaria.

Heráidica

Yo he visto en un escudo
de nobiliaria casa,
a una paloma presa
de un halcón en las garras.
Su altivo y noble dueño
me dijo que expresaban
la paloma, la tierra,
y el halcón, nuestra raza...
A solas, evocando
las glorias de mi patria,
me pregunto a mí mismo:
—¿Dónde tendió sus alas
el bravo halcón que al mundo
retuvo entre sus garras?

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
Prólogo	5
Los Jardines de Afrodita	9
Fantasia morisca	16
Lucha	17
Morena mía	18
Ocaso	19
El jardín trágico	20
La seguidilla	21
En la alcoba	22
En voz baja	29
Cantos	30
Oración	31
Trípico de Salomé	32
La balada de la Nochebuena	34
La última cita	36
Las horas del deseo	37
Tarde de esío	44
Anunciación	45
Responso	46
Retrato	46
La mejor canción	47
En la brecha	47
Nocturno de ruiseñor	49
Aurora triste	50
La canción de la golondrina	51
¡Pietá signor!	52
Claros de luna	53
Myosotis	62
La casa muerta	67
Página blanca	68
A una niña	69
La princesa encantada	70
Paisaje de otoño	72
Tedio	72
Lluvia	73
Lejanías	73
Crepúsculo	74
La hora familiar	75
Perfume de otoño	76
Ensueño de un crepúsculo de esío	77
Heráldica	78

LOS POETAS

En el próximo número de LOS POETAS, que aparecerá el día 10 de noviembre actual se publicarán las más hermosas composiciones del glorioso bardo Manuel José

QUINTANA

con una artística portada en tricolor e ilustraciones de Pedraza Ostos.

El prólogo será del notable escritor ALEJANDRO LARRUBIÉRA.

TOMOS PUBLICADOS

- Núm. 1.—CAMPOAMOR. (Doloras.)
- Núm. 2.—ESPRONCEDA. (Poesías varias.)
- Núm. 3.—QUEVEDO. (Poesías varias.)
- Núm. 4.—VILLAESPESA. (Poesías varias.)
- Núm. 5.—CAMPOAMOR. (Pequeños poemas.)
- Núm. 6.—N. F. DE MORATÍN. (Poesías varias.)
- Núm. 7.—ESPRONCEDA. (El Diablo Mundo.)
(Extraordinario, una peseta.)
- Núm. 8.—ADELARDO L. DE AYALA. (Poesías varias.)
- Núm. 9.—ANTONIO ZUZAYA. (Poesías varias.)
- Núm. 10.—FRAY LUIS DE LEÓN. (Poesías varias.)
- Núm. 11.—MANUEL REINA. (Poesías varias.)
- Núm. 12.—CAMPOAMOR. (Humoradas.)

Precio de cada ejemplar atrasado: 50 céntimos.

Precios de suscripción en España, Portugal, América, Filipinas y Posesiones y Protectorado de España en África:

Un año, 24 ptas; un semestre, 13 ptas. y un trimestre, 7 ptas.

Los pagos serán anticipados y se harán por giro postal, cheque o letra de fácil cobro.

Habiéndose terminado la reimpresión del tomo primero y segundo de LOS POETAS (CAMPOAMOR «Doloras»), y (ESPRONCEDA, poesías varias), avisamos al público en general y a nuestros lectores en particular, que ya podemos servir ejemplares de los mismos.

Solicite en todas las librerías y expendedurías de periódicos LOS POETAS.

Precio: 50 céntimos

Administración: Valverde, 44. - MADRID

B. Dip. Almería

AL-821-VIL-sus



1004611

